

La primera producción literaria de Vargas Vila

Escribe: ALBERTO MIRAMON

Es siempre curioso y en grado sumo instructivo, indagar las primicias literarias de los grandes escritores. Bien pueden no ser sus primeras producciones las más importantes y valiosas muestras de su ingenio en el conjunto total de sus obras; pero esas páginas, que generalmente suelen olvidar cuando ya son famosos, tienen singulares características para la comprensión psicológica de sus autores.

En escritor tan prolífico como José María Vargas Vila, sus escarceos iniciales en el campo de las letras ofrecen una variante espiritual que desconcierta, asombra y convida a la meditación.

¿Cuándo publicó su primera producción poética el soberano artífice de *Las rosas de la tarde* y *Ars verba*, el panfletario insuperable de *Los divinos y los humanos* o *Los césares de la decadencia*?, aquel maestro a quien los cronistas y admiradores a porrillo que tuvo en su dilatada vida de escritor solían calificar de “mago de los períodos rotundos, candentes, de las concepciones atrevidas, apóstol de las reivindicaciones libertarias”.

¿Cuál el tema de su primer verso? ¿Cuál su manera poética inicial? ¿Brilló en ella el alma de fuego del gran rebelde? En verdad que nada más sorprendente por el tema tratado y por la forma como lo desarrollaba que la primera muestra poética que dio a la estampa este escritor novel que, años andando, llenaría innegablemente con su nombre los ámbitos literarios del continente.

La ocasión en que José María Vargas Vila se dio a conocer públicamente en Bogotá como inspirado vate lírico no pudo ser menos apropiada, más discorde con su combativa y combatida personalidad literaria.

Fue en el año de 1884. Tenía entonces veinticuatro de edad y se le consideraba un joven afable, cortés; nada, ni su porte, ni sus maneras, permitían entrever, adivinar siquiera, al esteta complicado o al panfletario del futuro.

Pasante en el colegio *El Liceo de la Infancia*, se ganaba la existencia duramente, pues, como escribió el poeta don José Joaquín Ortiz en la carta de recomendación para ese empleo, con el sueldo mantenía a su madre viuda y a sus hermanas.

El domingo 1º de junio del ya citado año de 1884, el colegio efectuó en la iglesia de San Carlos —después de San Ignacio —una de las ceremonias más inspiradoras de la infancia: la primera comunión de los párbulos. Por la tarde, en el local del plantel, se realizó un acto solemne; se pronunciaron discursos y se recitaron composiciones.

El *Papel Periódico Ilustrado*, la gran publicación de Alberto Urdaneta, días después, en su sección *Varia* dio cuenta del suceso en los siguientes términos, que son toda una evocación de época pasada, de cuadro de costumbres olvidado:

“El domingo último —se lee en el número 68, página 322— tuvo lugar en la iglesia de San Carlos una suntuosa fiesta para celebrar la primera comunión de gran número de niños del *Liceo de la Infancia*, establecimiento de educación que dirige el presbítero doctor Tomás Escobar. El esmerado adorno del templo, la numerosa concurrencia, la respetuosa apostura de los niños, que vestían rico y adecuado uniforme, y en general lo conmovedor y solemne del acto, han dejado un muy grato recuerdo en todos los asistentes.

“Al medio día fueron recibidas en el local del establecimiento —Las Aguas— las visitas de las familias de los alumnos, y en el salón principal se recitaron por estos varias delicadas composiciones, de las cuales reproducimos hoy una, original del señor don José María Vargas Vila, recitada por el joven don Guillermo Bonitto Herrera, reservándonos insertar próximamente algunas otras.

“Nuestras felicitaciones a los padres de familia que tan acertadamente han confiado la educación de sus hijos al doctor Escobar, y a este por la manera como ha correspondido a esa confianza, granjeándose la estimación general.

“RECUERDOS DE MI PRIMERA COMUNION”

*“¡Cuán bello estaba el cielo!, ¡cuán hermoso
el almo sol se levantó aquel día!
Rompiendo con su rayo esplendoroso
de las nubes el velo tembloroso,
brotando luz en la región vacía.*

*“Cuán alegre también el alma estaba
y cuánta luz en su interior había;
con sus mejores galas se adornaba,
porque al Rey de los Reyes esperaba
por la primera vez el alma mía.*

*“Llegó el momento; tímido, anhelante,
al altar sacrosanto me acerqué,
en lágrimas bañado mi semblante,
de emoción y de dicha palpitante,
repleta el alma de esperanza y fe.*

*“Los acordes del órgano sonaron
del silencioso templo en la extensión,
las manos del ministro la hostia alzaron,
los cristianos la frente doblegaron
y se escuchó un murmullo, una oración.*

*“Después, cuando al bajar volví los ojos,
lo más querido para mi alma vi:
Una mujer estaba allí de hinojos,
el llanto del placer cubría sus ojos,
era mi madre que rezaba allí.*

*“Aún siento la impresión sobre mi frente
del ósculo amoroso que me dio
cuando al verme en sus brazos, dulcemente
exclamó: “Soy feliz; eres creyente,
Dios te guarde la gracia que te dio”.*

*“Dulce recuerdo al alma tan amado,
jamás, nunca jamás te olvidaré
mientras aliente el corazón, guardado
como en un tabernáculo sagrado,
en el fondo de mi alma te tendré.*

*“Se tú la blanca estrella que ilumine
mi vida oscura con su santa luz,
que por el bien mis pasos encamine
hasta que mi abrasada sien incline
en el seno amoroso de la cruz”.*

Bogotá, junio 19 de 1883.

“Arcano inescrutable es el corazón del hombre”, como dijo el gran Rafael Núñez, ese poeta y estadista a quien Vargas Vila había de dedicar sus más acerados dardos de panfletario: “Tirano esfinge, espantoso Prometeo devorado por el buitro del recuerdo, inclinado sobre dos abismos, el del mar y el de su conciencia...”.

¿Quién, entre aquel animado concurso de gentes santafereñas que escucharon sus primeros versos, hubiera podido predecir que el joven bardo

de mística inspiración había de ser después el renombrado autor de libros tan contrarios a la fe y al espíritu como *Ibis*, *María Magdalena* o *Los discípulos de Emaús*, que con su impiedad y materialismo de baja ley, cual plantas exuberantes y venenosas, ahogarían el primor y los quilates líricos de *Las rosas de la tarde*, *La evocación de Darío* o *La muerte del cóndor?*...

...Acaso el mismo adelantó en forma subconsciente la respuesta cuando ya anciano, próximo a dejar este valle de lágrimas, exclamó al frente de una de sus últimas obras:

“Las horas de la Vida, son como una atropellada sucesión de olas en el mar;

“van las unas en pos de las otras, se siguen, se suceden, varias, fugaces, inasibles;

“ninguna semejante a la otra, a pesar de su aparente y frágil similitud;

“una ola que volviese hacia atrás, no podría rehacer su forma antigua, ni decir cuál tuvo un momento antes, cuando iba como desesperada, hacia el beso de la playa lejana donde debía morir”.